



LA VIDA EN ANTAMINA

Mucho se escribe sobre las condiciones de vida de los mineros, pero pocas veces se accede a un testimonio que narre desde adentro cómo se vive entre toneladas de tierra a más de 4.000 metros de altura. Esta es una crónica escrita a tajo abierto.

Por **Hilder Cruz Alfaro**
Jefe de Guardia "A" de Operaciones de Mina



Trabajar a más de 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar no es fácil. Muchos creen de pronto que la vida del hombre de mina es sumamente difícil. Pero eso a veces no es cierto, sobre todo si se trabaja en una empresa que se preocupa por el capital humano. En mi caso, por el cargo que desempeño, me encargo de las gestiones necesarias para que se cumplan los planes de minado, que es la remoción y traslado de los minerales del tajo y su envío a la planta concentradora para su posterior tratamiento. La mayor parte del día la dedico a participar de las reuniones de coordinación con los miembros del equipo de la supervisión y áreas de soporte como Geotecnia y Geología, así como a labores de supervisión en la misma mina, para asegurar el cumplimiento de los indicadores establecidos en la gerencia. Trabajar en una mina a tajo abierto no es lo mismo que laborar en una de socavón. Cada una posee sus propios retos y complejidades, pero en ambos casos la precisión y la exactitud en el cumplimiento de las metas diarias es clave.

Por eso el día empieza a las 5:00 de la madrugada. A esa hora el campamento, ubicado en el distrito de San Marcos, provincia de Huari (Ancash), a 4.300 metros sobre el nivel del mar, está completamente oscuro, y la temperatura llega a los -06°C , que es la temperatura promedio a estas horas. Prendo la televisión para escuchar las noticias, tomo una ducha de agua caliente, me afeito y

me visto con rapidez. A diferencia de lo que sería un trabajo en oficina, debo asegurarme que cumpla con llevar todos los implementos de seguridad: chaleco con cintas reflectivas, zapatos de punta de acero, mi radio, mi casco y lentes especiales. Reviso algunos mensajes importantes en el celular y me dirijo al comedor a tomar el desayuno. Ya desde la habitación, que está dentro de un moderno edificio, me cruzo con mis compañeros y colegas.

Desde ese momento vamos coordinando la reunión de la noche para jugar un partido de fútbol en el polideportivo, juntamos en el gimnasio o pasar a la sala de billar. Si bien estamos sumamente atentos a las responsabilidades que tenemos en cada área, porque estamos a cargo de equipos que día a día llegan a sacar, trasladar, procesar hasta 500 mil toneladas de material al día, también tenemos tiempo para relajarnos. En los campamentos, además de contar con todos los implementos para vivir, tenemos canchas para hacer deporte o reunimos para tocar música. Estas sesiones suelen ser muy entretenidas.

Considerando que este es un complejo equivalente a 107 pisos, divididos en 40 edificios, lo que significa que existen alrededor de 9.360 camas, parecería imposible llegar a

conocer a todos aquí, pero cuando existe un ambiente de tanta cordialidad y compañerismo, se hace realmente fácil sentir a todos como una gran familia.

EL DÍA COMIENZA

Al llegar al comedor para desayunar me cruzo con mi compadre Lino, que emocionado me dice, “¡hoy hay caldo de gallina!”. Si ya venía contento, ahora lo estoy más, pues como dice el dicho “barriga llena, corazón contento”, y que mejor que comenzar la jornada con una comida rica y nutritiva. Nuestro comedor cuenta con 1.494 sillas, se sirven más de 10.000 raciones al día entre las tres comidas del día, y aun así siempre hay más de una sorpresa, de esas que te hacen “agua a la boca”. Nuestros chefs tienen la valla alta, pues no repiten ningún plato principal a lo largo de ocho semanas. Me dirijo al estacionamiento para calentar la camioneta, para luego trasladarme a mi oficina, que está a unos 25 minutos, acompañado de Freyser, colega y gran amigo, y extrañado volteo y veo a Oscar, que siempre sube con nosotros, que va en el asiento de atrás. Aún no termina de ponerse el cinturón de seguridad y aquí en la mina ésta es la mayor prioridad.

Me reúno con mi equipo y damos la charla de seguridad y los planes de minado para el día. Luego todos salimos al campo y empieza el trabajo. Pese al frío del exterior, nosotros lo combatimos con muy buen ánimo y el compañerismo te pone las pilas para cualquier reto en el día a día. Además, tenemos que estar bien concentrados en nuestras funciones y dar lo mejor de nosotros. Tengamos en cuenta que, de los 250 trabajadores de mi guardia en mina por día, unos 200 se dedican a las labores de carguío, acarreo y chancado. Desde mi área, donde somos 6, supervisamos que se cumpla con todo lo acordado. El sistema de Dispatch nos ayuda mucho para optimizar el movimiento y monitoreo de toda la flota minera, conformada por casi 200 equipos entre livianos y pesados.

LLEGA LA TARDE

Hacemos una pausa a la hora de almuerzo y mientras compartimos un grato momento, me cruzo otra vez con Freyser, quien me dice “mañana somos”. Freyser es el arquero de nuestro equipo, con el que acabamos de clasificar a cuartos de final en el campeonato interno de la mina, luego de que “este pechito” lograra anotar dos goles contra el equipo de Geología. “Y no va a ser”, le respondo. Vuelvo al trabajo, y me encuentro con un grupo de estudiantes de la Universidad de Huaraz, que están haciendo una visita guiada por el complejo, a los cuales les explico cuáles son nuestras funciones y los invito a revisar una infografía que las resume de manera más gráfica.

Luego de un extenuante día, cansado pero contento, vuelvo al Nuevo Campamento de Yanacancha, motivado para hacer algo de deporte antes de ir comer. Debajo de la puerta encuentro un volante anunciando que mi grupo musical favorito vendrá a la mina a dar un concierto para celebrar Fiestas Patrias. Aprovecho para ver mi mail personal, y hago una video-llamada con mi esposa y mis hijos para saber qué tal estuvo su día. Conversando con ellos

me entero de que mi hija mayor terminó su último ciclo de la universidad y el segundo se lesionó defendiendo el triunfo de su equipo,



Por las noches, cerca al comedor, se escucha la música de las bandas que están en el taller musical. Algunas tocan bien. Otras deben practicar más, según Hilder Cruz.



de la universidad de Trujillo. Me quedo tranquilo porque el seguro médico que tenemos también cubre a nuestras familias y el doctor ya nos informó que la próxima semana va a estar listo para volver a la cancha.

Me pongo la ropa adecuada y voy al gimnasio para hacer una de las rutinas que nuestro instructor me ha recomendado. El médico de la mina nos tiene informados sobre cómo debemos llevar nuestra alimentación y salud. Al lado, otros amigos van armando las partidas para el campeonato de ping pong que tendrán más tarde. Ahora, mientras me tomo una manzanilla que me ayude a digerir los tallarines rojos que había para cenar, disfruto de las presentaciones de canto y música de los que llevan las clases gratuitas luego del trabajo. Algunos son bastante buenos y da gusto ver cómo van mejorando con la guitarra, el cajón y el charango. Otros, no tan buenos, deben seguir practicando.

EL DÍA ACABA

Llega el final del día y llego a mi cuarto, que está abrigado por la calefacción. Un privilegio, teniendo en cuenta que por las noches la temperatura desciende hasta los -06°C . Allí leo un poco antes de acostarme, pues mañana hay que levantarse temprano. La vida en la mina es mucho más agradable de lo que parece desde afuera, pero a pesar de todas las comodidades que tenemos aquí, yo me quedo tan solo con una, la que considero la más importante. Son quienes trabajan a mi lado, día a día, con mucho cuidado y dedicación, ayudándome a supervisar los temas de seguridad. Ellos son en quienes podemos confiar nuestras vidas, quienes sé que estarán velando por mi seguridad. Y sé también que debo ser uno de ellos cuando la situación lo amerite. Sabemos que somos un gran equipo y debemos cuidarnos los unos a los otros. A pesar de que las condiciones pueden

parecer adversas, ellos hacen que las experiencias sean mucho más enriquecedoras.

Ya voy a cerrar los ojos y pienso en mi familia. Trabajo 10 días seguidos, pero también contamos con los siguientes 10 días de descanso. En dicho período puedo regresar a Trujillo y pasar tiempo con mi esposa, hijos y mi perro Aslan. En este preciso momento, llegando al noveno día de trabajo consecutivo, ya pienso en que pronto me embarcaré con mis compañeros en el transporte de la empresa, para regresar a casa sano y salvo. Diez días parecen poco, pero ni todas las comodidades hacen que me sienta mejor en mi hogar. ■



Existen también salas de billar y espacios para jugar fútbolito. Si bien la temperatura detrás de las paredes es de -6 grados, la calefacción les hace olvidar a todos del frío de sierra.



Existe un gimnasio dentro del campamento minero con instructores. Un tema clave para los trabajadores, tanto como la prevención, es la salud y la buena alimentación.

